

provistos de cuanto necesitaban para la manutención, parece no se hallaban igualmente bien provistos de cuanto necesitaban para vestirse. Así todos los escritores monárquicos del tiempo se quejaban por igual de que fuese necesario remendar los calzones del Monarca y consentir que durmiera el delfín entre lienzos agujereados. En muchos papeles del tiempo se nota que no gustaban los municipales aquellos del cargo municipal, que les pedía la custodia del Rey. Y, como no gustaban, cuando salían de la urna, de donde sus nombres extraían por suerte para este servicio, echaban muchos concejales á correr, para huir á las notificaciones y de cargarse del deber. Hubo muchísimos de aquellos guardias tan zaheridos por la Historia realista, que se apiadaron del infortunio, y sirvieron al Rey, mostrando la inutilidad y la ineficacia de tantas bárbaras precauciones y de tantos es pantosos vejámenes. Así algún que otro antiguo mozo de servicio realista llegó al interior del Temple, y comunicó á los Reyes con el exterior, abiertas las puertas á su paso merced al frecuente asalto de debilidades que á los regidores arraigaban, ocultas y acalladas por interés de sus respectivas causas, así en las Historias monárquicas como en las Historias comuneras. Bajo las garrafas donde se contenían los refrescos, por las cafeteras y teteras y azucareros mismos, entre los pliegues de las servilletas y de las toallas, en las migas de los panes, en las corchadas de los tapones, aunque todo ello pasaba por los ojos de las guardias, conteníanse noticias de carácter y origen monárquico, que mantenían las mirriminales y engañosas esperanzas puestas por los errores del Rey en las desgracias de quienes llamaba él su pueblo, y en los adelantos de la irrupción extranjera. Cuántas veces papeles en blanco estaban escritos con zumos simpáticos que no delataban su contenido sino echándoles encima varias gotas de limón. La que más á todos estos continuos juegos y manipulaciones y cubileterías se prestaba era la menos tenida por enredadora é intrigante, la piadosísima Isabel. Para instruirse, así en lo que pasaba por los campos militares como en lo que pasaba por los ministerios y por los Parlamentos, la princesa daba estas señas, muy estudiadas por ella, y muy aprendidas por aquellos que debían usarlas. «Si los ingleses llegaban á desembarcar en favor de los Reyes, había que poner el dedo pulgar derecho sobre el ojo derecho; si desembarcaban en la costa de Nantes, sobre la oreja derecha; si hacia Calais, sobre la oreja izquierda. Si los austriacos triunfaban por el lado de Bélgica, se pondrían el segundo dedo de la mano derecha sobre el ojo derecho; si entraban en Lila ó en Maguncia, el tercer dedo. Cuando los aliados estuvieran á quince leguas de la capital, se observaría el mismo juego de dedos y se colocarían de la misma suerte, sólo que, lejos de colocarlos sobre las orejas ó sobre los ojos, se los colocaría sobre la boca. Cuando los irruptores exigieron ó impusieron algo al gobierno francés, respecto de la familia real, se llevarían los iniciados al pelo y á la frente su mano derecha. Si los prusianos avanzasen y consiguiesen grandes ventajas, se pondrían, uno tras otro, los dedos de la mano derecha, como sobre un teclado, sobre la nariz». Parece imposible; que suce-

diera esto, que aún librasen los Reyes de Francia esperanzas sobre los enemigos de Francia, que aún soñeran, cuitados, con la ruina y la deshonra de su reino, que aún siguiesen una conspiración ciega y porfiada, la cual conspiración, en aquel momento, no atraía del todo la centella del odio popular sobre su frente, pero lo atraía sobre la frente de sus partidarios, quienes se hallaban próximos á ser apññalados por la plebe insurrecta con puñales aguzados en aquel gran error y en aquel gran crimen de los Reyes.

En lo relativo á hospedaje sufrieron muchas contrariedades los Reyes, por haberse la Municipalidad, empeñado en hacer obra para la misma residencia, ya definitivamente gabitada por ellos y por su real familia. Los que demolieron la Bastilla donde se atormentó al pueblo, erigían ó arreglaban la prisión donde se atormentó al Rey. Verdaderamente no molestó á éste la fábrica en construcción como le molestaban los fabricantes. El polvo levantado por arenillas y cales y gredas; las aglomeraciones de piedras y ladrillos en grandes amontonamientos: el agua vertida de los artesones donde se amasaban muchos barro; las cuerdas tiradas como líneas y puestas como redes en todas direcciones por aquellos espacios no molestaban tanto á la dinastía en sus paseos por los patios y por los jardines como le molestaban los albañiles, todos ceñudos, todos airados, todos blasfemos de la realeza, todos comuneros y revolucionarios. Existían empotradas en los muros de la fortaleza muchas viviendas; el Ayuntamiento dictatorial demolió estos edificios y puso en la calle aquellos habitantes, los cuales se quedaron, como solemos decir nosotros, á la luna de Valencia, sin más objeto que desasir la torre de adherimientos gruesos y abrirle amplias perspectivas, cuyas amplitudes permitieran á los cautivos andar más á su gusto por los paseos y ser con mayor facilidad vigilados por los atisbos de sus numerosos carceleros. Lo peor del caso estaba en la incertidumbre padecida por la Comunidad revolucionaria respecto de las obras comenzadas varias veces bajo un plan, suspendidas á causa de haberse presentado algún otro plan distinto, hasta concluirse y terminarse á capricho. Abrióse un gran foso en torno de la fortaleza, el cual foso costara mucho tiempo y mucho dinero y mucho trabajo; pero, apenas quedó abierto, cuando lo cegaron por inútil. Viviendas, que no podían reconstruirse, fueron demolidas; árboles que no podían replantarse, desarraigados; ventanones del torreón, que daban alguna luz á las salas, tapiados como por losas de sepulcros. Hacían, pues, la prisión aquellos albañiles para encerrar á sus reyes con la diligencia y el cuidado que las abejas emplean en hacer las celdas, cuyos agujeros les sirven para ellas mismas encerrarse. Pero esta incomodidad no fué cosa mayor en paralelo con la resolución tomada de privar al Monarca de su íntima servidumbre, que le aliviaba su cautiverio. Corría el diez y siete de Agosto cuando la Municipalidad tomaba tal resolución tristísima. Inmediatamente la orgullosa Corporación expidió dos empleados municipales para que lo resuelto notificasen al Rey en el Temple. Como eran las dos ya, estaban los cautivos á la mesa y en medio del almuerzo les sorprendió aquel nuevo golpe ases-

tado con bárbara crueldad á sus corazones. Miráronse los asentados con el terror que produce un aumento de contrariedad en la desgracia y no se acordaron de cuanta dicha gozaran en aquella mutua compañía todos hasta que se convirtió en una verdadera desdicha. El Monarca intentó defenderse recordando cómo sus compañeros de cautiverio estaban allí con él y los suyos por mandatos repetidos de la Comunidad; pero los delegados de la Comunidad, impasibles é indiferentes, hechos máquinas por obra de órdenes dictatoriales, replicaron que decretaban los segundos mandatos relativos á la separación entre las reales personas y su comitiva los mismos que decretaron los primeros mandatos, por todo lo cual no había más remedio que cartucho en el cañón y obediencia servil á la consigna. El Rey se resistió á estas observaciones; replicando muy firme y muy categórico, que si le privaban á él y privaban á la Reina y á los hijos de sus naturales y propios servidores, ellos se decidirían por no tener ninguna servidumbre y servirse á sí propios. No dejó de producir algún efecto la firme actitud del Rey porque los enviados se volvieron al Ayuntamiento con las orejas caídas y dijeron allí en su seno cuanto acababa de suceder en los senos del Temple. Al saber esto, diputaron los dictadores al Temple con diligencia el, tantas veces presentado en escena, regidor Manuel. Sentía ya éste los asomos de la reacción. Parecía haber andado de prisa Francia, y en vértigo, hacia una República, la cual, mejor preparada, pudo ser un paraíso, y se convertía por aquella improvisación en un abismo. A otra escala, y de otro modo, Manuel, acompañando los Reyes del Congreso al Temple sintiera por la Reina el caballeresco culto, sentido por Barnave, años antes, acompañando á los reyes de Varennes á París. Así prometió emplear todas sus fuerzas en retener los compañeros de cautiverio junto á los cautivos. Con efecto, la orden cruel no se cumplió en aquella jornada; durante la cual todo lo efectuado se redujo á presentarse algunos empleados del Ayuntamiento en las regios cárceles y escribir en papeles preparados y apercebidos nota de los nombres y de los personajes que componían la servidumbre, nota de la princesa Lamballe, de las dos Tourzelles, de los mayordomos y gentiles-hombres, de cuantas personas existían en el Temple adscritas al Rey; pero ajenas á la familia real. Y tras esto pasaron unos cuatro días, sin que ningún prodromo nuevo, ni síntomas de ninguna especie anunciaran el cumplimiento de la terrible amenaza. Pero la noche del veinte cambió todo. Espantosa turba de verdaderos esbirros se presentó en la prisión, armados de picas y portadoras de faroles, reclamando á gritos las personas entre los residentes allí que no perteneciesen á la familia de Capeto. Imaginaos cuánto y cuál sería el dolor de Antonieta, viéndose perseguida por tan siniestros sayones, hasta dentro de aquel anticipado sepulcro donde creía tener derecho, por lo menos, al olvido y al reposo.

Pero no hubo remedio. La revolución tomaba una forma dictatorial, remedio transitorio, pero fidelísimo, del viejo poder absoluto, y absolutamente disponía de todo, sin género

alguno de consideraciones, para ella baldías, y sin miramientos á los que dañaba con una implacable indiferencia como la que padecen el Universo y la Naturaleza. Mucho sintió Luis XVI el apartamiento de sus domésticos; pero sintió mucho más Antonieta el apartamiento de su princesa Lamballe. Como la Comunidad ordenara saliesen del Temple todos los no pertenecientes á la familia real, y se quedaran todos los pertenecientes, Antonieta, en sus apuros, presentó la excepción para retener á su amiga, de que llevaba ésta en su cuerpo, como efectivamente llevaba, sangre regia de los Borbones. Mas no le valió, pues los enviados repetían sus órdenes, leyéndolas con monótono acento y subrayándolas con alguna vibración de sus armas. Así, no solamente sentía la infeliz ver apartada de su lado á la preciosa y joven amiga; sentía también el abandono, en que se quedaba ésta; pues, aunque muy bella de suyo, siempre adoleció un tanto de mentecatez, faltándole por completo la dirección intelectual, siempre necesaria y más entre los bajos y los escollos, faltándole una buena y clara inteligencia. El dolor de Antonieta no tuvo límites, al pensar en todas estas horribles contrariedades. Abrazadas y llorando aquellas dos amigas en el cuarto de la Princesa, diríase que habían allí echado inextirpables raíces, y habían sus brazos como las ramas de dos árboles entrelazado, según lo que costaba dividirlos y sacarlos de tal recinto. En su conocimiento de la Princesa, y en su anticipación al remedio de los males que pudieran sobrevenirle, se dirigió á la Tourzel, mucho más avisada que su pariente y amiga, para servirle de mentor ó guía, y si á la pobre importunaban las gentes con interrogaciones capciosas, respondiesen por ella, evitando, en cuanto pudiese y como pudiese, que dijera la cuitada muchas tonterías. Parece imposible, pero las pobres señoras se iban de tal sitio, aparejado sólo para tormentos, como pudieran irse de un lugar que reventara en delicias. Mientras de allí se partían, abrazábanse Antonieta é Isabel, en prolongado abrazo, diciendo de aquel momento que les parecía el más horrible de su martirio por la soledad en que ambas á dos caían. Pasaban tales cosas que no pueden exagerarse sin fácilmente convertirlas de tragedias en melodramas. Pero aquellos portones que caían como piedras sepulcrales dejando encerrada la real familia en salas parecidas á calabozos; aquella ceñuda torre con sus pirámides y sus barbacanas y sus almenas que se desvanecían en las lontananzas de una oscura noche; aquellos hombres iluminados por hachones haciendo vibrar las picas en sus manos y retemblar los suelos bajo la pesadumbre de sus pies en marcha lenta; los subterráneos enegrecidos por el humo que atravesaban tantas gentes infelices, aterradas por el dolor producido á la separación de sus señores; los fiacres apercebidos como ataúdes en que penetraban y los municipales circunstanciales parecidos á un cortejo fúnebre; convertían todo aquel acto con sus aspectos por tal manera horribles, en algo tan sobrenatural, que se dirían los actores una procesión de fantasmas, como los célebres de la Edad Media, dirigiéndose á oír la Misa del Diablo en los vestíbulos del Infierno. Creyeron un

momento que las llevaban hacia el tribunal constituido en la Comunidad revolucionaria, quien absorbía en sí todos los poderes, para interrogarles, y después de interrogados, reinstalar sus personas en el Temple. Mas no se realizaron ilusiones tan engañosas. El único reinstalado fuera Hue, predilecto de Luis XVI. A esta reinstalación se redujo todo cuanto pudiera Manuel recabar de sus implacables compañeros. Cuando Luis XVI lo supo, se desesperó, no sin preguntar previamente cuál fuera su triste suerte y sin saber que todos los divididos de su lado, mujeres y hombres, quedaban en una reclusión tristísima, como la que ofrecía una cárcel llamada Cárcel de la Fuerza.

Y fué una verdadera excepción de la tiranía demagógica, muy caprichosa, cual suelen serlo siempre las tiranías, reinstalar en el Temple á Hue, y no á los demás cortesanos. Cuando Luis XVI vió reinstalado ya en su personal servicio á este fiel servidor, dirigióse hacia Manuel, que se hallaba presente, preguntándole cómo se las compondría, él, tan habituado á innumerables servidores, con este solo doméstico. Y como le prometiese Manuel mandar auxiliares del Ayuntamiento al Temple, Luis XVI se negó á recibir tales auxilios, diciendo que no podía reemplazar con servidor alguno los buenos y leales servidores violentamente separados de su persona por aquella bárbara crueldad. El menor número de presos hizo que se variasen las instalaciones de los restantes y se colocaran éstos con algún desahogo en mayor amplitud. Hecha tal cosa; bajado el tocador y el lecho de Isabel un piso; colocada la joven Angulema en el cuarto de su tía y el niño Delfín en el cuarto de su madre; pusiéronse todos á procurar los necesarios efectos para en algo acorrer á los cautivos de la Fuerza. Manuel quedó admirado al ver las cautivas, aquellas altas princesas, lo mismo Isabel que Antonieta y su hija enfrascarse á una en las faenas domésticas cual si fuesen unas mujeres caseras; más bien podía comprender cómo el cuidado de los reclusos en la Fuerza, ocupaba y distraía la vida de los cautivos encerrados en el Temple. Y no podía reinar en parte alguna regularidad mayor. Luis madrugaba como buen jornalero, y á este madrugar atribuía su inquebrantable salud. A las seis estaba de pie. En cuanto podía servirse á sí mismo, servíase diariamente, sin auxilio, ni auxiliar ninguno. Se vestía, pues, y afeitaba solo. Después de vestirse y afeitarse, rezaba postrado ante una imagen, como penetradísimo de que la Realeza contenía en sí misma un verdadero Pontificado y de que la religión se contaba entre las bases primeras del trono. Ni en estas devociones le dejaban solo y tranquilo. Mandábanle tener la puerta siempre franca, y un centinela ó vigilante se colocaba en el cuarto vecino al cuarto del Rey, cuando no entraba y permanecía en su propio cuarto. Seguidamente de rezar leía sin falta un par de horas diarias, terminando esta labor entre nueve y diez todas las mañanas. Antonieta madrugaba más que Luis. Obligábala el deber de vestir á su hijo, que se holgaba mucho en los solícitos cuidados de la madre. Después de haberle vestido juntábale las manecitas ella en persona, y enseñábale sus rezos, como las avecillas enseñan

en los nidos el canto á los polluelos. Estos primeros momentos de la mañana eran los únicos momentos de libertad que tenía en tan penosa jornada. Por muy rigurosos que los municipales fueran, habían de respetarla y permitirle su natural soledad en los momentos destinados á vestirse y arreglarse. Duraba este descanso desde las seis hasta las ocho. Sonada esta hora, los vigilantes se ponían cerca, en las antehabitaciones ó en las mismas habitaciones, siguiendo sus pasos, husmeando sus palabras, atisbando todos sus gestos y todos sus movimientos. Por las noches dormían los incómodos vigilantes en las antecámaras de los pobres vigilados. En los cuartos del Rey tomaba toda la familia real aquellos copiosos desayunos que fueron de rúbrica durante los primeros meses del Temple. A las diez, acabado el desayuno, servía la cámara de Antonieta como punto y centro de reunión para todo. Esta cámara se convertía en una escuela, donde los mayores daban lecciones de mil diversas asignaturas á los menores. El francés, aprendido instintivamente por el muchacho, puesto y enseñado en gramáticas reglas por el Rey, se llevaba una parte del tiempo. Cuando notaba cansancio en él, emprendíala con los latines explicados cual pudiera la paciencia de un dómine. Y tras francés y latín llegaban las lecciones de Geografía é Historia. Un poco apartada del Rey, para no molestarle unos á otros, Antonieta enseñaba todos los ramos de una brillantísima educación á la princesita, y después que terminaba, emprendía su cuñada Isabel un trabajo tan útil, como enseñarle dibujo y cuentas. En estos honestísimos quehaceres pasaba el día desde las diez á la una. Y á la una, si el tiempo lo permitía, bajaban á pasearse aquellos regios prisioneros, pero seguidos de cuatro empleados municipales, y acompañados del comandante de la guardia ciudadana, el revolucionario Santerre. Los reyes no hacían más que discurrir serenos por las alamedas, mas el Delfín corría mucho y se holgaba con cabalgaduras de palo y con juegos de pelota. Estos paseos no se daban todos los días. Era necesaria la presencia de Santerre. Solía el comandante acudir á tal obligación y ministerio con asiduidad; mas, con frecuencia, ocupaciones más graves ó más urgentes lo embargaban, y en este caso y en estas circunstancias, no podían pasear los reyes de modo ninguno y se recluían en la Torre.

A las dos se comía. Nosotros comemos hoy á la francesa; comían entonces los franceses aún á la española. Tras esta fuerte comida llegaba el necesario recreo. Naturalmente había de reducirse tal recreo á que la princesa, joven, catorce años, y el Delfín, verdadero niño, siete años y medio, se holgasen á una saltando y riendo, en el cual honesto goce un poco se descargaban padre, madre, tía, de sus acerbísimas penas. A Luis XVI nada le sentaba tan bien moralmente para esta hora de olvido como un buen libro de literatura. Escogió así, por últimos de Agosto, *Los Estudios sobre la Naturaleza*, de Saint-Pierre. Gran evocador del Universo, no en la ciencia, pero sí en la sensibilidad, el insigne literato trascendía en sus libros á olor de flores y destilaba de sus páginas, melodiosas cual su-